

Un beso 35 años después...

RAFAEL ENRIQUE MORA GOÑI

Estas líneas pretenden explicar lo que un beso puede tardar en llegar y todo lo que implica la naturaleza humana y cómo Dios se manifiesta grandiosamente en actos sencillos. Escribo esto el sábado 3 de abril del 2010, pues hace pocas horas se acaba de consumir ese beso y procedo a explicar cómo se produjo 35 años después de que debió darse.

Cualquier parecido con una historia de ficción, no es casualidad.

Mi nombre es Rafael Enrique Mora Goñi, dice mi cédula que nací en el Hospital San Juan de Dios, San José, Costa Rica, un 10 de mayo de 1968. Una extraña jugada de mi cerebro hace que muchas cosas no las olvide, por más que quiera.

Vagos recuerdos de esa niñez: casa de cartón en Aserrí, piso de tierra, cuatro hermanos de los cuales yo era el mayor, pedir comida en la calle, enfermedades, noches solitarias, días de silencio mientras la madre dormía sus aventuras nocturnas. Padre inexistente como en la mayoría de estos casos.

Rafael, Carlos, Luis y Memitto son los nombres de estos cuatro hijos que deambulaban cada día buscando la comida y la leche de los menores.

Todavía se agolpan en mi mente recuerdos sucedidos antes del evento mayor; mi caída en una lata abierta que abrió mi cara, un viaje en ambulancia, dos clavos incrustados en mi pie, mi madre echando café molido en la herida, otro viaje en ambulancia, inyecciones (que todavía hoy odio), comida de excremento humano, un regalo de Navidad que un señor pasó entregando por esos tugurios de Aserrí, los cuatro montados en un carro cuyas llantas sucumbieron inmediatamente.

El evento mayor: la mañana en que encontré a mi madre durmiendo el sueño eterno, yo gritaba que se despertara pero un vecino dijo una frase que todavía me suena: deje de gritar, está muerta. Cecilia Calvo Goñi era su nombre. De ahí que mi nombre inicial era Rafael Enrique Calvo Goñi. ¿Será por eso que me gusta tanto el apellido Goñi?

Disculpe, pero siguen los vagos recuerdos: un entierro triste con una calle muy inclinada para hacerlo más difícil. *Las iglesias deberían estar más cerca de los cementerios*. Luego, un orfanato y los cuatro hermanos puestos en fila junto con otros niños, esto cuando llegaban los futuros adoptadores o adoptantes. Recuerdo que alguien dijo refiriéndose a mí: este está muy feíto y muy grande, es mejor uno más pequeño. No sabían que era el mayor de cuatro hermanos, que con seis años de edad hizo de padre, buscador de leche, guarda del tugurio y el “fuerte” que encontró a mamá dormida. No tan “fuerte” porque sus gritos nunca la despertaron.

Después supe que la familia Goñi se unió y decidieron adoptar a dos de los cuatro, en realidad a los dos mayores que nadie quería: Rafael y Luis. Fuimos adoptados por dos familias turrialbeñas : la de María Antonieta Goñi Mazza y Jorge Arturo Mora Sáenz (como adivinarán, se llevaron al que escribe estas líneas, quien de ahora en adelante y según firmó un abogado del PANI, sería conocido como Rafael Enrique Mora Goñi); la familia de Zoraida Calvo Goñi y Jorge Rivera Chacón se llevaron a Luis Alberto. Tendría yo unos seis o siete años al arribar a Turrialba.

Por las cosas del destino, estas dos familias vivían casi al frente. Es así como los dos hermanos jugaban juntos, sabían que eran hermanos pero dormían en camas separadas, como algunos “matrimonios” modernos. Mi memoria no permitía que me engañasen respecto a mi origen y mi hermano Luis, aunque un año menor, no recordaba nada de la vida anterior; mejor para él.

¿Y Carlos y Memito? Se los llevó la vida, fueron adoptados por dos familias de San José. Describir nuestro reencuentro muchos años después es otra historia, fuera del alcance del beso que estoy tratando de explicar.

Ahora bien, procedo a hablar del protagonista del beso mencionado en el título: mi padrastro Jorge Arturo. Su esposa, mi madre actual, y él formaban un matrimonio joven y formando una empresa exitosa: Panadería Don Bosco. Provenían de Juan Viñas con sueños de tener su propio negocio. Le compraron la panadería a un señor de apellido Acuña, proveniente de Juan Viñas también.

Al inicio de su matrimonio, habían perdido a una hija al nacer y vieron en mi adopción una forma de tener su primer hijo, aunque naciera de siete años.

Otra tonelada de recuerdos de esos días: llegué a Turrialba con “nacidos” en todo el cuerpo (eran unas pelotas con pus que reventaban dolorosamente), una panza lombricienta, defecar lombrices vivas por montones, defecar en la sala, y los primeros avisos de lo que Arturo tenía preparado para Rafael: castigo físico brutal. Aunque es digno decir que su esposa María Antonieta también lo recibiría solidariamente.

Más recuerdos: ingreso al kínder de monjas, donde Rafael fue expulsado por robar y seguro por muchas travesuras que el niño-hombre u hombre-niño hacía día con día. No existían psicólogos que valoraran la adaptación de esta persona a un mundo nuevo, lo que había era el tratamiento de la faja con hebilla, aunque los “nacidos” reventaran.

¿Qué tiene que ver esto con el título del beso? Tenga calma, por favor.

Durante ese año sucedió algo difícil de contar y de creer. Resulta que Arturo ya era alcohólico violento (aunque un empresario exitoso a los ojos de la

sociedad turrialbeña.) y un día apareció un tío mío llamado Rafael, hermano de mi difunta madre Cecilia y que, en un arranque de remordimiento, viajó de Isla Damas en Quepos hasta Turrialba para reclamar a su sobrino adoptado oficialmente. ¿Adivinen qué dijo Arturo? Pues claro, Rafael no entendía por qué pero al otro día estaba lavando lanchas en el estero de Damas. Mi madre María Antonieta no tuvo la valentía de oponerse, seguro por miedo de molestar a su marido agresor. Según cuenta ella ahora, ha sido el dolor más fuerte que ha sufrido en su vida, seguro por ser el más silencioso y sazonado con temor al “hombre”, como le llamaba a su esposo.

Dice ella que en una borrachera de Arturo, en Quebrada Honda, se le apareció mi difunta madre y le dijo “Arturo, ¿qué has hecho con Rafa?” Al otro día manejó su Land Rover anaranjado hasta Quepos a recuperar a su hijo y readoptarlo. Será en otro momento que relate mis aventuras de unos seis meses en Quepos, pues no están directamente relacionadas con el beso de 35 años después.

Otra vez en Turrialba y el reencuentro con mi madre (para mí siempre ha sido y será mami, ¿qué raro, a Arturo nunca he podido decirle papá?). Resumo a continuación anécdotas que desencadenaron una serie de acontecimientos desafortunados, cuyo detalle llenaría muchas hojas y creo que usted está ansioso por conocer del beso de los 35 años después. Tal vez algún día me anime a detallar estos y otros muchos eventos. Estos hechos están vinculados inevitablemente con la persona de Arturo: su alcoholismo y su violencia.

- Las agresiones físicas fueron constantes para mí y para mi madre hasta muchos años después.
- Encierros en el hueco oscuro de la panadería: los empleados me tiraban pedazos de comida a escondidas del “hombre” como también le llamaban.
- Violaciones por un tal Mirringo, panadero mayor de edad que se aprovechó del niño encerrado.
- En 1975 nació el primer hijo “oficial” de la pareja: Moisés Arturo Mora Goñi. Ya sabrán lo que significó esto para el chapulín “recogido”, el mal portado, el feíto. ¡Y Moisés tan lindo! Sobra decir que Rafael le pegada a Moisés y esto desencadenaba la furia no solo de Arturo sino de María Antonieta, pues era el hijo del “hombre”. Después les nació Juanita. Para qué explicar que cuando iban a pasear los domingos en las tardes dejaban a Rafael cuidando la casa y la panadería.
- Pasó la escuela con todo el dolor que se puede imaginar y creciendo un rencor gigante. Pero algo extraño sucedía: Rafael sacaba cien en casi todo y aprendió a leer y escribir solo ya desde los siete años. Esto contribuyó a que le creciera el cerebro con pedazos de corazón.
- Un recuerdo tristísimo: la graduación de sexto grado solo, sí, como lee, completamente solo. Arturo andaba de fiesta y María estaba muy cansada de trabajar en la panadería. Nada de fotos, nada de abrazos, nada de nada. El rencor también se graduó ese día.
- Colegio: agresiones; Arturo pensaba que era una vagabundería y María encubría a Rafael hasta donde podía. Momentos de paz cuando Arturo

se iba hasta tres meses de fiesta a San José. Su esposa seguía en la panadería y le enviaba dinero, “no vaya a ser que el hombre se enoje”. Eran meses de una tranquilidad maravillosa, pero un día de tantos aparecía y llegaba mansito, pero al mes iniciaban las agresiones hasta que se volvía a ir.

- Aun así, Rafael terminó su colegio con cuadro de honor, no sé cómo, pues con la panadería no había días feriados ni sábados ni domingos de dormir tarde. A la panadería a las cuatro o cinco de la mañana, todos los días. Sí, todos los días.
- El peor recuerdo: Rafael subido en una silla con un mecate de tender ropa en el cuello y listo para saltar... rendido... cansado... Pero Dios actuó y no me dejó morir. Nadie supo de esto, solo la silla, el mecate y yo. Un trío que nunca volvió a unirse (hay tríos que matan).
- Viene lo bueno: la universidad. Obtuve para ese momento una nota de 88 de 100 posibles y podía entrar a cualquier carrera. En 1986, ingresé a la Universidad de Costa Rica en la Sede de Turrialba. Pronto iba a explotar la bomba atómica alimentada por muchos años de agresiones y miedo. Iba escondido a la universidad, pero realmente el problema fue en 1987 cuando debía trasladarme a la sede central a estudiar Computación. Debía irme a escondidas en el bus hacia San José; mi madre decía que andaba haciendo un mandado; varias veces la encontré golpeada por proteger al vagabundo. Quizás algún día escriba sobre las historias relacionadas con los viajes a la universidad, la ropa que llevaba, lo que comía, los cursos perdidos por no poder estudiar, compañeros con “compu” en la casa y cuyos padres los llevaban a la universidad era un lenguaje que mi procesador jamás pudo entender. Para esa época Arturo dejó de tomar, pero cambió de vicio: ahora eran las mujeres y se vanagloriaba de cómo dejó de tomar y que nadie se lo agradecía. Pero nunca dejó su vicio de agresor.

Un domingo por la mañana, diciembre de 1987, caminando hacia la casa, vi su carro doblando misteriosamente en un esquina y vi montarse a una mujer que no era, por supuesto, mi madre. Me acerqué con valentía y le dije: “¿Por esto cambia a mami?” y me dijo: “Respete”; en ese momento estalló la bomba: de un puñetazo en la nariz liberé miles de golpes. Dijo: “Vaya para la casa, ya llego, lo voy a matar”. Corrí como cuatro cuadras hasta la casa y le dije a mami lo que había hecho y ella dijo: “Váyase antes de que venga”. Con una rapidez increíble, echó en bolsas canguro un poco de ropa y zapatos. Me brinqué un portón justo antes de que llegara. Y corrí sin rumbo. ¿Y ahora qué? Dios, como siempre, extendió su mano y ese mismo día estaba durmiendo en La Uruca sin saber lo que había pasado en Turrialba. ¿Cómo llegué a la Uruca? Esa es otra historia.

Iba a Turrialba a escondidas a ver mi madre, ella me daba dinero y me lavaba la ropa, pero había que calcular que el “hombre” estuviera haciendo sus siestas de la tarde, ella trabajada desde las tres de la mañana hasta las seis de la tarde todos los días, desde que se casó. Así como lo lee.

Una de tantas, alguien le avisó a Arturo que yo estaba en la panadería y llegó y me enfrentó: “pégume ahora si...” Yo estaba pálido, aunque yo era más grande que él, mi temor también lo era. Me dijo: “Usted no vale la pena, váyase...” Me siguieron días muy amargos en San José, cuyos detalles quedan para otra ocasión. Hasta que un tío me llevó donde un psicólogo-clínico, que solo hizo una pregunta: ¿Cuál es el problema? Y en un hora tuve que embutir toda mi vida, ¿qué raro que los psicólogos solo tengan una hora siempre? Pero bueno, al final dijo: “Vaya y busque a Arturo, pídale perdón y siga adelante”. Me armé de valentía, lo llamé y le dije que quería hablar con él y me dijo que fuera a la casa en la tarde (después de la siesta, por supuesto). Llegué, le pedí perdón por el golpe y me dijo que me perdonaba, pero que nunca volviera a la casa. Aun así fue un alivio enorme. A los pocos días se fue de la casa y a los años yo volví, pero él nunca más.

Ya era 1989 cuando volví a Turrialba, a vivir con un primo que sufrió polio y que vivía solo, empecé a trabajar en una farmacia y me trasladé a la Sede de la UCR de Turrialba a estudiar Administración que era lo único que daban en las noches. Me nació la inquietud de dar clases de matemáticas y un amigo llamado William me dijo que iban a quedar unas lecciones en el Colegio Agropecuario La Suiza de Turrialba. Me recluté e inicié mi carrera de profesor en 1990, terminé Administración en 1993 y seguí con Enseñanza de la Matemática.

Puedo decir que mi vida inició en 1988, veinte años después de nacido. Fue hasta 1993 que hice mi primer viaje a la playa con amigos y otras muchas historias que no tengo espacio para explicar.

En 1994, volví a la casa de mi madre, que ya vivía sola con sus dos hijos Moisés y Juanita. Arturo se había ido dejándola sin panadería, pues la vendió, y con una casa hipotecada. Llegué a la misma casa pero con el rol de ayudar, hasta que después decidí alquilar un apartamento pues debía continuar mi viaje.

¡Qué lindos años de vivir sin miedo!

Un día llegó Arturo a mi apartamento para pedirme que lo fiara para un préstamo y adivinen qué dije, que sí; descubrí que no tenía rencor. Al final no se concretó el préstamo y desapareció en el mar de la vida.

Aquí debería ir la historia del reencuentro con mis hermanos Carlos y Mimito. La historia de mi matrimonio. La historia de cómo llegué a San José a dar clases, la historia de mi acercamiento a Dios y otras muchas que no vienen al caso del beso.

Hace como un año, en 2009, escuché a mi madre decir que Arturo estaba por Palmares y que estaba muy mal de salud y de dinero. Y según ella, todo se paga en esta vida. Pero yo no guardaba ya ningún rencor. Hace una semana, en marzo de 2010 me dice que se topó a una hermana de él y le contó que un perro lo había atacado, pues caminaba de madrugada para ir hasta la panadería donde era empleado o peón según el argot panaderístico. Que vivía en un lugar llamado Zaragoza de Palmares. Ella dice que todo se paga en esta vida...

¿Saben si me alegré de su desgracia? NO . NO. NO. Me entró una profunda tristeza y ganas de verlo, no lástima, sino amor. Hoy sábado 3 de abril de 2010 fui a buscarlo, llegué a Palmares, luego al pueblo Zaragoza, pero resulta que

es un pueblo grande (pero infierno pequeño) , me metí en varias calles y nada. Nadie lo conoce. Hice un último intento en una calle y avancé como 400 metros hasta llegar a una plaza con un minisúper en la esquina, estaba haciendo mucho calor y les ofrecí un refresco a mi hijo y esposa. Había un señor afuera acomodando pastelería y pensé que tal vez conocía a Arturo Mora, pero me dijo que él no era de ahí y se metió al negocio a preguntar. En eso sale con un señor y me dice: “Yo sé dónde vive Arturo Mora, vamos y lo llevo”. Dios mío. ¡Qué grande eres! En la última calle en la que yo pensaba preguntar, en un lejano barrio del centro de Zaragoza. Les juro que yo sentí algo especial al entrar a esa calle. No sé cuál es su idea de Dios, pero el mío hoy hizo un milagro... seguro en su vida ha hecho muchos milagros, pero usted ha estado muy ocupado para notarlo o ha pensado que ha sido casualidad o eventos probabilísticos medibles como dicen algunos que saben matemáticas.

Sigo al señor y me señala el lugar, “entre aquellas dos casitas amarillas”, afirma. Llego, parqueo el carro, entro a un callejón, me sale una perrita muy enojada y me muerde el pantalón solamente, por dicha. Y me topo a Arturo frente a frente. Por esas cosas de Dios, venía llegando del trabajo de la panadería, todavía sucio. ¡Como describir con palabras lo que sentí! Él se asustó, no me reconoció al momento, luego dijo: “Rafa”. “Soy yo, Rafa, su hijo”, dije. Su rostro se alegró de una manera que no se puede explicar y seguro el mío también. Un abrazo, en Zaragoza de Palmares. Más específicamente en el barrio La Cocaleca.

“Pasen”, me dijo. “Llame a su esposa y al hijo. La mía anda en Turrialba paseando”. Una casa humilde, pero un Arturo más humilde. Pelo largo y canoso, flaco, dientes cariados (que en otra época eran de forro de oro, sí, de oro), ropa sucia, zapatos rotos, tres hijas cada una con su propio hijo (viviendo todos del salario de panadero de Arturo), sin televisor, con mucha ropa por todo lado, la perra que me mordió es de él (es que está brava porque acaba de tener seis perritos), pero lo más importante que encontré fue un hombre en paz consigo mismo.

Me dijo lo agradecido que estaba por la visita, nadie nunca lo ha visitado. Que sabía todos los errores que había cometido pero que había encontrado la paz. Que tenía muchos tesoros, pero que el más importante era saber que no podía cambiar lo malo que había hecho y que Dios lo había llevado hasta ahí para que entendiera... Y que estaba seguro de que Dios lo había perdonado... pero que se había perdonado a sí mismo...

Cómo explicarles lo que hablamos hoy... lo que vi hoy... La alegría de haberme visto, su gratitud por haberlo buscado... cuando ningún hijo lo hizo... su primera visita en muchos años...

Cómo explicarles lo que sentí cuando dijo: “Voy a bañarme, porque todavía estoy con la ropa de panadero” y salió con su mejor ropa. Dios mío, se puso su mejor ropa... la mejor. Un pantalón gastado, unos zapatos grandes y el pelo peinado hacia atrás con gel. ¿Cómo lo puedo juzgar? ¿Quién lo puede juzgar?

Me enseñó sus tesoros: los nietos y los dos pájaros que tiene enjaulados. Y le dijo a su hija presente: “ Este es Rafa, mi hijo mayor, él es igual que Moisés, Juanita y ustedes. Dios mío. Y este es mi nieto Emmanuel”, refiriéndose a mi hijo. Y lo dijo con orgullo, como solo el orgullo humilde puede hacerlo.

Hoy sábado 3 de abril del 2010 abracé por primera vez a mi padre, y al despedirnos me besó en la mejilla. 35 años de espera de un beso suyo, de una caricia o de un gesto de amor... 35 años después... 35 años después...

Lo que es la vida y cómo Dios muele los orgullos.

Querido amiga o amigo, que esta historia solo sirva para analizarnos profundamente... Es real y sucedió hoy... Hoy cambió mi vida por un beso... Hoy sábado 3 de abril vi algo que no puedo describir bien...

¿Cuánto gente espera un beso suyo? ¿Cuánta gente tiene que perdonar? ¿Cuánto tiene usted que perdonarse? ¿Y yo? ¿Cuánto tiempo va a esperar? Amigos, hoy vi a Dios... en el rostro de alguien que amo... sí, lo amo... no juzguen....

